

ner á ella, y en algunas me habeis vos ayudado, para que salga con ellas; y no quiero mundo, ni cosa dél, ni me parece me da contento cosa que no salga de vos, y lo demas me parece pesada cruz. Bien me puedo engañar, y así será, que no tengo esto que he dicho; mas bien veis Vos, mi Señor, que á lo que puedo entender, no miento, y estoy temiendo, y con mucha razon, si me habeis de tornar á dejar; porque ya sé á lo que llega mi fortaleza y poca virtud en no me la estando Vos dando siempre, y ayudando para que no os deje; y plega á vuestra Majestad, que áun ahora no esté dejada de Vos, pareciéndome todo esto de mí. ¡No sé cómo queremos vivir, pues es todo tan incierto! Pareciame á mí, Señor mio, ya imposible dejaros tan del todo á vos; y como tantas veces os dejé, no puedo dejar de temer; porque en apartándoos un poco de mí, daba con todo en el suelo. Bendito seais por siempre, que aunque os dejaba yo á Vos, no me dejastes Vos á mí tan del todo que no me tornase á levantar, con darne Vos siempre la mano; muchas veces, Señor, no la queria, ni queria entender, cómo muchas veces me llamábades de nuevo, como ahora diré.

CAPITULO VII.

Trata por los términos que fué perdiendo las mercedes que el Señor le había hecho, y cuán perdida vida comenzó á tener: dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monasterios de monjas.

1. Pues así comencé de pasatiempo en pasatiempo, y de vanidad en vanidad, de ocasion en ocasion, á meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenia vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oracion, tornarme á llegar á Dios; y ayudóme á esto, que como crecieron los pecados, comenzóme á faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud. Veía yo muy claro, Señor mio, que me faltaba esto á mí, por faltaros yo á Vos. Este fué el más terrible engaño que el demonio me podía hacer debajo de parecer humildad, que comencé á temer de tener oracion, de verme tan perdida; y pareciame era mejor andar como los muchos, pues en ser ruin era de los peores, y rezar lo que estaba obligada, y vocal-

mente, que no tener oracion mental, y tanto trato con Dios, la que merecía estar con los demonios, y que engañaba á la gente; porque en lo exterior tenía buenas apariencias: y así no es de culpar á la casa á donde estaba, porque con mi maña procuraba me tuviesen en buena opinion, aunque no de advertencia, fingiendo cristianidad; porque en esto de hipocresía y vanagloria, gloria á Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido (que yo entienda) que en viniéndome primer movimiento, me daba tanta pena, que el demonio iba con pérdida, y yo quedaba con ganancia, y así en esto muy poco me ha tentado jamás: por ventura si Dios permitiera me tentara en esto tan recio como en otras cosas, tambien cayera; mas su Majestad hasta ahora me ha guardado en esto, sea por siempre bendito: ántes me pesaba mucho de que me tuviesen en buena opinion, como yo sabía lo secreto de mí. Este no me tener por tan ruin, venía de que como me veian tan moza, y en tantas ocasiones, y apartarme muchas veces á soledad á rezar, y leer mucho, hablar de Dios, amiga de hacer pintar su imágen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devocion, no decir mal, y otras cosas desta suerte, que tenían apariencia de virtud; y yo que de vana me sabía estimar en las cosas que en el mundo se suelen tener por estima. Con esto me daban tanta, y más libertad, que á las muy antiguas, y tenían gran seguridad de mí; porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia, digo por agujeros, ó paredes, ó de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monasterio hablar desta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano. Pareciame á mí (que con advertencia, y de propósito miraba muchas cosas) que poner la honra de tantas en aventura, por ser yo ruin, siendo ellas buenas, que era muy mal hecho; como si fuera bien otras cosas que hacía. A la verdad no iba el mal de tanto acuerdo como esto fuera, aunque era mucho.

2. Por esto me parece á mí me hizo harto daño no estar en monasterio encerrado; porque la libertad que las que eran buenas podian tener con bondad, porque no debian más, que no se prometia clausura, para mí que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno, si con tantos remedios y medios el Señor, con muy particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado

doste peligro: y así me parece lo es grandísimo, monasterio de mujeres con libertad; y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines, que remedio para sus flaquezas. Esto no se tome por el mío, porque hay tantas que sirven muy de veras, y con mucha perfección al Señor, que no puede su Majestad dejar (según es bueno) de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda religión, sinó de otros que yo sé y he visto. Digo que me hacen gran lástima, que há menester el Señor hacer particulares llamamientos; y no una vez, sino muchas, para que se salven, según están autorizadas las honras y recreaciones del mundo, y tan mal entendido á lo que están obligadas, que plega á Dios no tengan por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo lo hacía; y hay tan gran dificultad en hacerlo entender, que es menester el Señor ponga muy de veras en ello su mano. Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieran mirar á poner sus hijas á donde vayan camino de salvación, sinó con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca á su honra; y quieran más casarlas muy bajamente, que meterlas en monasterios semejantes, si no son muy bien inclinadas; y plega á Dios aproveche, ó se las tengan en su casa; porque si quieren ser ruines, no se podrá encubrir sinó poco tiempo, y acá muy mucho, y en fin lo descubre el Señor; y no sólo dañan á sí, sinó á todas; y á las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan: y es lástima de muchas que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van á servir al Señor, y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que ni saben cómo se valer ni remediar; que la mocedad, y sensualidad, y demonio las convida, ó inclina á seguir algunas cosas que son del mesmo mundo. Ve allí que lo tienen por bueno, á manera de decir. Páreceme como los desventurados de los herejes en parte, que se quieren cegar, y hacer entender que es bueno aquello que siguen, y que lo creen así sin creerlo; porque dentro de sí tienen quien les diga que es malo. ¡Oh grandísimo mal! grandísimo mal de religiosos (no digo ahora más mujeres que hombres) á donde no se guarda religión: á donde en un monasterio hay dos caminos de virtud y religión, y falta de religión, y todos casi

se andan por igual: antes mal dije, no por igual, que por nuestros pecados caminase más el más imperfecto, y como hay más de él, es más favorecido. Usase tan poco el de la verdadera religión, que más ha de temer el fraile y la monja que ha de comenzar de veras á seguir del todo su llamamiento, á los mesmos de su casa, que á todos los demonios. Y más cautela y disimulación ha de tener para hablar en la amistad que desea de tener con Dios, que en otras amistades y voluntades que el demonio ordena en los monasterios. Y no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la iglesia; pues los que habían de ser los dechados, para que todos sacasen virtudes, tienen tan borrada la labor, que el espíritu de los santos pasados dejaron en las religiones. Plega á la divina Majestad ponga remedio en ello, como ve que es menester. Amen.

3. Pues comenzando yo á tratar estas conversaciones, no me pareciendo, como veía que se usaban, que había de venir á mi alma el daño y distraimiento que después entendí eran semejantes tratos, parecióme que cosa tan general como es este visitar en muchos monasterios, que no me haría á mí más mal que á las otras, que yo veía eran buenas; y no miraba que eran muy mejores, y que lo que en mí fué peligro, en otras no lo sería tanto; que alguno dudo yo lo deje de haber, aunque no sea sinó tiempo mal gastado. Estando con una persona, bien al principio del conocerla, quiso el Señor darme á entender, que no me convenían aquellas amistades, y avisarme, y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante con mucho rigor, dándome á entender lo que de aquello le pesaba: vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedéme tan imprimido, que há esto más de veinte y seis años, y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada y turbada, y no quería ver más á con quien estaba. Hízome mucho daño no saber yo que era posible ver nada, sinó con los ojos del cuerpo; y el demonio que me ayudó á que lo creyese así, y hacerme entender que era imposible, y que se me había antojado, y que podía ser el demonio, y otras cosas desta suerte; puesto que siempre me quedaba un parecerme era Dios, y que no era antojo; mas como no era mi gusto, yo me hacía á

mi mesma desmentir; y yo como no lo osé tratar con nadie, y tornó despues á haber gran importunacion, asegurándome que no era mal ver persona semejante, ni perdía honra, antes que la ganaba, torné á la mesma conversacion, y áun en otros tiempos á otras; porque fué muchos años los que tomaba esta recreacion pestilencial, que no me parecia á mí, como estaba en ello, tan malo como era, aunque á veces claro veía no era bueno; mas ninguna me hizo el distraimiento que esta que digo, porque la tuve mucha afición.

4. Estando otra vez con la mesma persona, vimos venir hácia nosotros, y otras personas que estaban allí tambien lo vieron, una cosa á manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar; de la parte que él vino, no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija en mitad del día, ni nunca la ha habido, y la operacion que hizo en mí, me parece no era sin misterio; y tampoco esto se me olvidó jamás. ¡Oh grandeza de Dios, y con cuánto cuidado y piedad me estábades avisando de todas maneras, y qué poco me aprovechó á mí!

5. Tenía allí una monja, que era mi parienta, antigua y gran sierva de Dios, y de mucha religion; ésta tambien me avisaba algunas veces; y no sólo no la creía, mas disgustábame con ella, y parecíame se escandalizaba sin tener por qué. He dicho esto, para que se entienda mi maldad y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenía el infierno, por tan gran ingratitude; y tambien porque si el Señor ordenare, y fuere servido, en algun tiempo lea esto alguna monja, escarmentando en mí; y les pido yo, por amor de nuestro Señor, huyan de semejantes recreaciones. Plega á su Majestad se desengañe alguna por mí, de cuantas he engañado, diciéndoles que no era mal, y asegurando tan gran peligro con la ceguedad que yo tenía, que de propósito no las quería yo engañar, y por el mal ejemplo que las di (como he dicho) fui causa de hartos males, no pensando hacia tanto mal.

6. Estando yo mala en aquellos primeros días, ántes que supiese valerme á mí, me daba grandísimo deseo de aprovechar á los otros: tentacion muy ordinaria de los que comienzan, aunque á mí me sucedió bien. Como quería tanto á mi padre, deseábale con el bien, que me parecia tenía con tener oracion,

que me parecia que en esta vida no podía ser mayor que tener oracion, y así por rodeos como pude, comencé á procurar con él la tuviese. Dile libros para este propósito: como era tan virtuoso, como he dicho, asentóse tan bien en el este ejercicio, que en cinco ó seis años (me parece sería) estaba tan adelante, que yo alababa mucho al Señor, y dábame grandísimo consuelo. Eran grandísimos los trabajos que tuvo de muchas maneras; todos los pasaba con grandísima conformidad. Iba muchas veces á verme, que se consolaba en tratar cosas de Dios. Ya despues que yo andaba tan distraida, y sin tener oracion, como veía pensaba que era la que solía, no lo pude sufrir sin desengañarle; porque estuve un año, y más, sin tener oracion, pareciéndome más humildad; y ésta, como despues diré, fué la mayor tentacion que tuve, que por ella me iba á acabar de perder, que con la oracion un día ofendía á Dios, y tornaba otros á recogerme y á apartarme más de la ocasion. Como el bendito hombre venia con esto, hacíaseme recio verle tan engañado, en que pensase trataba con Dios como solía, y díjole: que ya yo no tenía oracion, aunque no la causa. Púsele mis enfermedades por inconveniente, que aunque sané de aquella tan grande, siempre hasta ahora las he tenido y tengo bien grandes; aunque de poco acá, no con tanta reciedumbre, mas no se quitan de muchas maneras.

7. En especial tuve veinte años vómitos por las mañanas, que hasta más de medio día me acacia no poder desayunarme; algunas veces más tarde, despues acá que frecuento más á menudo las comuniones, es á la noche ántes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarle con plumas, y otras cosas; porque si lo deajo, es mucho el mal que siento, y casi nunca estoy, á mi parecer, sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazon; aunque el mal que me tomaba muy contino, es muy de tarde en tarde en tarde: perlesía recia y otras enfermedades de calenturas, que solía tener muchas veces, me hallo buena ocho años há. Destos males se me da ya tan poco, que muchas veces me huelgo, pareciéndome en algo se sirve el Señor. Y mi padre me creyó, que era esta la causa, como él no decía mentira, y ya conforme á lo que yo trataba con él, no la había yo de decir. Díjole, porque mejor lo cre-

yese, que bien veía yo que para esto no había disculpa, que harto hacía en poder servir el coro. Aunque tampoco era causa bastante para dejar cosa, que no son menester fuerzas corporales para ella, sino sólo amor y costumbre; que el Señor da siempre oportunidad si queremos. Digo siempre, que aunque con ocasiones, y enfermedad, algunos ratos impida para muchos ratos de soledad, no deja de haber otros que hay salud para esto, y en la misma enfermedad, y ocasiones, es la verdadera oracion, cuando es alma que ama, en ofrecer aquello, y acordarse por quien lo pasa, y conformarse con ello, y mil cosas que se ofrecen: aquí ejercita el amor, que no es por fuerza que ha de haberla, cuando hay tiempo de soledad, y lo demas no ser oracion. Con un poquito de cuidado grandes bienes se hallan en el tiempo, que con trabajos el Señor nos quita el tiempo de la oracion; y así los había yo hallado cuando tenía buena conciencia. Mas él con la opinion que tenía de mí, y el amor que me tenía, todo me lo creyó; ántes me tuvo lástima: mas como él estaba ya en tan subido estado, no estaba despues tanto conmigo; sinó como me había visto, ibase, que decía era tiempo perdido: como yo le gastaba en otras vanidades, débaseme poco. No fué sólo á él, sino á otras algunas personas las que procuré tuviesen oracion. Aun andando yo en estas vanidades, como las veía amigas de rezar, las decía como termian meditacion, y les aprovechaba, y dábales libros: porque este deseo, de que otras sirviesen á Dios, desde que comencé oracion, como he dicho, le tenía. Parecíame á mí, que ya que yo no no servia al Señor, como lo entendía, que no se perdiese lo que me había dado su Majestad á entender, y que le sirviesen otros por mí. Digo esto, para que se vea la gran ceguedad en que estaba, que me dejaba perder á mí, y procuraba ganar á otros.

8. En este tiempo dió á mi padre la enfermedad, de que murió, que duró algunos dias. Fuile yo á curar estando más enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera, que á cuanto entendía estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo; porque entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera. Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le servi algo de los que él había pasado en las mias. Con estar yo harto mala

me esforzaba, y con que en faltarme él me faltaba todo el bien y regalo, porque en un sér me le hacía: tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena, y estar hasta que murió, como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho. Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió, y la gana que tenía de morir, los consejos que nos daba despues de haber recibido la Extrema Uncion, el encargarnos le encomendásemos á Dios, y le pidiésemos misericordia para él, y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acababa todo; y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle servido; que quisiera ser un fraile, digo, haber sido de los más estrechos que hubiera. Tengo por muy cierto, que quince dias ántes le dió el Señor á entender no había de vivir; porque ántes destos, aunque estaba malo, no lo pensaba. Despues con tener mucha mejoría, y decirlo los médicos, ningún caso hacía dellos, sinó entendía en ordenar su alma. Fué su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas, que jamás se le quitaba: algunas veces le apretaba tanto, que le congojaba mucho. Díjeme yo, que pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la cruz acuestas, que pensase su Majestad le quería dar á sentir algo de lo que había pasado con aquel dolor. Consolóse tanto, que me parece nunca más le oí quejar. Estuvo tres dias muy faltar el sentido. El dia que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos; y le tuvo hasta que á la mitad del Credo, diciéndole él mesmo, espiró. Quedó como un ángel; y así me parecía á mí lo era él, á manera de decir, en alma y disposicion, que la tenía muy buena. No sé para qué he dicho esto, sinó es para culpar más mis ruindades, despues de haber visto tal muerte, y entender tal vida, que por parecerme en algo á tal padre, la había yo de mejorar. Decía su confesor, que era dominico, muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al cielo; porque había algunos años que le confesaba, y loaba su limpieza de conciencia.

9. Este padre dominico, que era muy bueno, y temeroso de Dios, me hizo harto provecho, porque me confesé con él, y tomó hacer bien á mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdicion que traía. Hacíame comulgar de quince en

quince días, y poco á poco comenzándole á tratar, tratéle de mi oracion. Díjome que no la dejase, que en ninguna manera me podia hacer sino provecho. Comencé á tornar á ella, aunque no á quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé. Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oracion entendia más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios. Teníanme atada las del mundo. Parece que queria concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos, y gustos, y pasatiempos sensuales. En la oracion pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y así no me podia encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oracion, sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años, que ahora me espanto, que sujeto bastó á sufrir, que no dejase lo uno ú lo otro; bien sé que dejar la oracion no era ya en mi mano, porque me tenía con las suyas el que me quería para hacerme mayores mercedes.

10. ¡Oh váleme Dios! si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba, y cómo me tornaba yo á meter en ellas, y de los peligros de perder del todo el crédito que me libró! Yo á hacer obras para descubrir la que era, y el Señor en cubrir los males y descubrir alguna pequeña virtud, si tenía, y hacerla grande en los ojos de todos, de manera que si siempre me tenían en mucho; porque aunque algunas veces se traslucian mis vanidades, como veían otras cosas que les parecían buenas, no lo creían; y era que habia visto el Sabidor de todas las cosas, que era menester así, para que en las que despues he hablado de su servicio me diesen algun crédito: y miraba su soberana largueza, no los grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenía de servirle, y la pena por no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra.

11. ¡Oh Señor de mi alma! ¿Cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicistes? ¡Y cómo en el tiempo que más os ofendia, en breve me disponíades con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad tomábades, Rey mio, el más delicado y penoso castigo por medio, que para mí podia ser, como quien bien entendia lo que me habia de ser más penoso. Con

regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatinado, aunque sería bien que estuviere desatinada, tornando á la memoria ahora de nuevo mi ingratitude y maldad. Era tan más penoso para mi condicion recibir mercedes, cuando habia caido en graves culpas, que recibir castigos; que una dellas me parece cierto, me deshacia y confundia más, y fatigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos harto juntos; porque lo postrero veia lo merecia, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, segun ellos eran muchos: mas verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible; y creo para todos los que tuvieren algun conocimiento ó amor de Dios; y esto por una condicion virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentia, viéndome de suerte que estaba en vispera de tornar á caer: aunque mis determinaciones y descos entonces por aquel rato, digo, estaban firmes. Gran mal es una alma sola entre tantos peligros: paréceme á mí, que si tuviera con quién tratar todo esto, que me ayudara á no tornar á caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios.

12. Por eso aconsejaria yo á los que tienen oracion, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mesmo: es cosa importantísima, aunque no sea sinó ayudarse unos á otros con sus oraciones, cuanto más que hay muchas más ganancias. Y no sé yo por qué, pues de conversaciones y voluntades humanas, aunque no sean muy buenas, se procuran amigos con quien descansar, y para más gozar de contar aquellos placeres vanos, se ha de permitir que quien comenzare de veras á amar á Dios y á servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres y trabajos, que de todo tienen los que tienen oracion. Porque si es de verdad el amistad que quieren tener con su Majestad, no haya miedo de vanagloria; y cuando el primer movimiento le acometa saldrá dello con mérito, y creo que el que tratando con esta intencion lo tratare, que aprovechará á sí y á los que le oyeren, y saldrá más enseñado así en entender como en enseñar á sus amigos. El que de hablar en esto tuviere vanagloria, tambien la terná en oír misa con devocion si le ven, y en hacer otras cosas que, so pena de no ser cristiano, las ha de hacer, y no

se han de dejar por miedo de vanagloria. Pues es tan importantísimo esto para almas que no están fortalecidas en virtud, como tienen tantos contrarios y amigos para incitar al mal, que no sé cómo lo encarecer. Paréceme que el demonio ha usado deste ardid, como cosa que muy mucho le importa, que se escondan tanto de que se entienda que de veras quieren procurar amar y contentar á Dios, como ha incitado se descubran otras voluntades mal honestas, con ser tan usadas, que ya parece se toma por gala y se publican las ofensas, que en este caso se hacen á Dios.

13. No sé si digo desatinos; si lo son, vuesa merced lo rompa, y si no lo son le suplico ayude á mi simpleza con añadir aquí mucho; porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos á otros los que le sirven para ir adelante, según se tiene por bueno andar en las vanidades y contentos del mundo: y para estos hay pocos ojos, y si uno comienza á darse á Dios, hay tantos que murmuren, que es menester buscar compañía para defenderse hasta que ya estén fuertes en no les pesar de padecer; y si nó, veránse en mucho aprieto. Paréceme que por esto debían usar algunos santos irse á los desiertos; y es un género de humildad no fiar de sí, sino creer que para aquellos con quien conversa, le ayudará Dios; y crece la caridad con ser comunicada, y hay mil bienes que no los osaría decir si no tuviese gran experiencia de lo mucho que va en esto. Verdad es que yo soy más flaca y ruin que todos los nacidos, mas creo no perderá quien humillándose, aunque sea fuerte, no lo crea de sí, y creyere en esto á quien tiene experiencia. De mí sé decir, que si el Señor no me descubriera esta verdad y diera medios para que yo muy ordinario tratara con personas que tienen oracion, que cayendo y levantando iba á dar de ojos en el infierno; porque para caer habia muchos amigos que me ayudasen, para levantarme hallábame sola, que ahora me espanto cómo no estaba siempre caída, y alabo la misericordia de Dios, que era sólo el que me daba la mano: sea bendito para siempre jamás. Amen.

CAPITULO VIII.

Trata del gran bien que le hizo no se apartar del todo de la oracion para no perder el alma, y cuán excelente remedio es para ganar lo perdido. PERSUADE á que todos la tengan. Dice cómo es tan gran ganancia, y que aunque la tornen á dejar, es gran bien usar algun tiempo de tan gran bien.

1. No sin causa he ponderado tanto este tiempo de mi vida, que bien veo no dará á nadie gusto ver cosa tan ruin, que cierto querria me aborreciesen los que esto leyesen, de ver un alma tan pertinaz é ingrata con quien tantas mercedes le ha hecho, y quisiera tener licencia para decir las muchas veces que en este tiempo falté á Dios por no estar arrimada á esta fuerte columna de la oracion. Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caidas, y con levantarme y mal, pues tornaba á caer; y en vida tan baja de perfeccion, que ningun caso casi hacia de pecados veniales, y los mortales, aunque los temia, no como habia de ser, pues no me apartaba de los peligros: sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar, porque ni yo gozaba de Dios ni traia contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debia Dios, era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban; ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuanto más tantos años. Con todo veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que habia de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oracion: digo ánimo porque no sé yo para qué cosa de cuantas hay en él es menester mayor, que tratar traicion al rey y saber que lo sabe, y nunca se le quitar de delante. Porque puesto que siempre estamos delante de Dios, paréceme á mí es de otra manera los que tratan de oracion, porque están viendo que los mira; que los demás podrá ser estén algunos dias que aún no se acuerden que los ve Dios. Verdad es que en estos años hubo mucho meses, y creo alguna vez año, que me guardaba de ofender al Señor y me daba mucho á la oracion, y hacia algunas y hartas diligencias para no le venir á ofender. Porque va todo lo que escribo dicho con toda verdad, trato ahora esto. Mas acuérdaseme

poco destes dias buenos, y así debian ser pocos, y muchos de los ruines: ratos grandes de oracion pocos dias se pasaban sin tenerlos, sinó era estar muy mala ó muy ocupada. Cuando estaba mala estaba mejor con Dios; procuraba que las personas que trataban conmigo lo estuviesen, y suplicábalo al Señor, hablaba muchas veces en él. Así que si no fué el año que tengo dicho, en veinte y ocho años que há que comencé oracion, más de los diez y ocho pasé esta batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo. Los demás que ahora me quedan por decir, mudóse la causa de la guerra, aunque no ha sido pequeña; mas con estar, á lo que pienso, en servicio de Dios y conocimiento de la vanidad, que es el mundo, todo ha sido suave, como diré despues.

2. Pues para lo que he tanto contado esto, es (como he ya dicho) para que se vea la misericordia de Dios y mi ingratitud; y lo otro, para que se entienda el gran bien que hace Dios á un alma, que la dispone para tener oracion con voluntad, aunque no esté tan dispuesta como es menester, y como si en ella persevera, por pecados y tentaciones, y caidas de mil maneras que ponga el demonio, en fin tengo por cierto la saca el Señor á puerto de salvacion, como (á lo que ahora parece) me ha sacado á mí; plega á su Majestad no me torne yo á perder. El bien que tiene quien se ejercita en oracion, hay muchos santos y buenos que lo han escrito, digo oracion mental, gloria sea á Dios por ello, y cuando no fuera esto, aunque soy poco humilde, no tan soberbia que en esto osara hablar.

3. De lo que yo tengo experiencia puedo decir, y es que por males que haga quien la ha comenzado, no la deje; pues es el medio por donde puede tornarse á remediar, y sin ella será muy más dificultoso; y no le tienta el demonio por la manera que á mí, á dejarla por humildad, crea que no pueden faltar sus palabras; que en arrepiéntendonos de veras y determinándose á no le ofender, se torna á la amistad que estaba y á hacer las mercedes que antes hacía, y á las veces mucho más si el arrepietimiento lo merece; y quien no la ha comenzado por amor del Señor, le ruego yo no carezca de tanto bien. No hay aquí que temer, sino que desear; porque cuando no fuere delante y se esforzare á ser perfecto, que

merezca los gustos y regalos que á estos da Dios, á poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo, que no se lo pagase; porque no es otra cosa oracion mental, á mi parecer, sinó tratar de amistad, estando muchas veces tratando á solas con quien sabemos nos ama. Y si vos aún no le amais, porque para ser verdadero el amor y que dure la amistad, hánse de encontrar las condiciones, y la del Señor ya se sabe que no puede tener falta; la nuestra es ser viciosa, sensual, ingrata, no podeis acabar con vos de amarle tanto, porque no es de vuestra condicion; mas viendo lo mucho que os va en tener su amistad y lo mucho que os ama, pasad por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos.

4. ¡Oh bondad infinita de mi Dios, que me parece os veo, y me veo desta suerte! ¡Oh regalo de los ángeles, que toda me querría, cuando esto veo, deshacer en amaros! ¡Cuán cierto es sufrir Vos á quien no os sufre esteis que en él! ¡Oh qué buen amigo hacedis, Señor mio, cómo le vais regalando y sufriendo, y esperais á que se haga vuestra condicion, y tan de mientras le sufrís vos la suya! Tomais en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidais lo que os ha ofendido. He visto esto claro por mí, y no veo, Criador mio, por qué todo el mundo no se procure llegar á vos por esta particular amistad. Los malos, que no son de vuestra condicion, se deben llegar para que nos hagais buenos, con que os sufran esteis con ellos siquiera dos horas cada dia, aunque ellos no estén con vos, sinó con mil revueltas de cuidados y pensamientos del mundo, como yo hacía. Por esta fuerza, que se hacen á querer estar en tan buena compañía mirais (que en esto á los principios no pueden más, ni despues algunas veces) forzáis vos, Señor, á los demonios, para que no los acometan y que cada dia tengan menos fuerza contra ellos, y dáisela á ellos para vencer. Si, que no matais á nadie, Vida de todas las vidas de los que se fian de vos y de los que os quieren por amigo, sinó sustentais la vida del cuerpo con más salud y dáisla al alma.

5. No entiendo esto: ¿qué temen los que temen comenzar oracion mental? Ni sé de qué han miedo. Bien hace de poner-

le el demonio para hacernos él de verdad mal; si con miedos me hace no piense en lo que he ofendido á Dios y en lo mucho que le debo, y en que hay infierno y hay gloria, y en los grandes trabajos y dolores que pasó por mí. Esta fué toda mi oracion y ha sido cuanto anduve en estos peligros; y aquí era mi pensar cuando podia, y muy muchas veces algunos años tenia más cuenta con desear se acabase la hora que tenia por mí de estar y escuchar cuando daba el reloj, que no en otras cosas buenas; y hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante, que no la acometiera de mejor gana que recogerme á tener oracion. Y es cierto que era tan incomportable la fuerza que el demonio me hacia ó mi ruin costumbre, que no fuese á la oracion, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no le tengo pequeño, y se ha visto me le dió Dios harto más que de mujer, sino que le he empleado mal) para forzarme, y en fin me ayudaba el Señor. Y despues que me habia hecho esta fuerza me hallaba con más quietud y regalo que algunas veces que tenia deseo de rezar. Pues si á cosa tan ruin como yo, tanto tiempo sufrió el Señor, y se ve claro que por aquí se remediaron todos mis males, ¿qué persona, por mala que sea, podrá temer? Porque por mucho que lo sea, no lo será tantos años despues de haber recibido tantas mercedes del Señor. ¿Ni quién podrá desconfiar, pues á mí tanto me sufrió, sólo porque deseaba y procuraba algun lugar y tiempo para que estuviere conmigo, y esto muchas veces sin voluntad, por gran fuerza que me hacia ó me la hacia el mismo Señor? Pues si á los que no le sirven, sino que le ofenden, les está tambien la oracion, y les es tan necesaria, y no puede nadie hallar con verdad daño que pueda hacer que no fuera mayor el no tenerla; los que sirven á Dios y le quieren servir, ¿por qué lo han de dejar? Por cierto, si no es por pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y por cerrar á Dios la puerta, para que en ella no les dé contento. Cierto los hé lástima. ¿qué á su costa sirven á Dios! Porque á los que tratan la oracion, el mismo Señor les hace la costa; pues por un poco de trabajo, da gusto para que con él se pasen los trabajos. Porque destos gustos, que el Señor da á los que perseveran en la

oracion, se tratará mucho; no digo aquí nada, sólo digo que para estas mercedes tan grandes que me ha hecho á mí, es la puerta la oracion; cerrada ésta no sé cómo las hará; porque aunque quiera entrar á regalarse con un alma, y regalarla no hay por dónde, que la quiere sola y limpia y con gana de recibirlas. Si le ponemos muchos tropiezos y no ponemos nada en quitarlos, ¿cómo ha de venir á nosotros y queremos nos haga Dios grandes mercedes?

6. Para que vean su misericordia y el gran bien que fué para mí no haber dejado la oracion y leccion, diré aquí, pues va tanto en entender la bateria que da el demonio á un alma para ganarla, y el artificio y misericordia con que el Señor procura tornarla á sí y se guarden de los peligros, que yo no me guardé, y sobre todo por amor de nuestro Señor y por el gran amor con que anda granjeando tornarnos á sí, pido yo se guarden de las ocasiones; porque puestos en ellas no hay que fiar donde tantos enemigos nos combaten y tantas flaquezas hay en nosotros para defendernos. Quisiera yo saber figurar la cautividad que en estos tiempos traía mi alma, porque bien entendia yo que lo estaba y no acababa de entender en qué, ni podia creer del todo que lo que los confesores no me agradaban tanto, fuese tan malo como yo lo sentia en mi alma. Dijome uno, yendo yo á él con escrúpulo, que aunque tuviese subida contemplacion no me eran inconveniente semejantes ocasiones y tratos. Esto era ya á la postre, que yo iba con el favor de Dios apartándome más de los peligros grandes, mas no me quitaba del todo de la ocasion. Como me veian con buenos deseos y ocupacion de oracion, parecials hacia mucho; mas entendia mi alma que no era hacer lo que era obligada por quien debia tanto: lástima la tengo ahora de lo mucho que pasó y el poco socorro que de ninguna parte tenia, sinó de Dios, y la mucha salida que le daban para sus pasatiempos y contentos con decir eran lícitos. Pues el tormento en los sermones no era pequeño, y era aficionadísima á ellos, de manera que si veia alguno predicar con espíritu y bien, un amor particular le cobraba sin procurarlo yo, que no sé quién me le ponía: casi nunca me parecía tan mal sermon que no le oyese de buena gana, aunque al dicho de los que le oian no predicase bien. Si, era bueno érame muy particular re-

creacion. De hablar de Dios ó oír dél casi nunca me cansaba; esto despues que comencé oracion. Por un cabo tenia gran consuelo en los sermones, por otro me atormentaba; porque allí entendia yo que no era la que habia de ser con mucha parte. Suplicaba al Señor me ayudase, mas debia faltar, á lo que ahora me parece, de no poner en todo la confianza en su Majestad y perderla de todo punto de mí. Buscaba remedio, hacia diligencias, mas no debia entender que todo aprovecha poco si quitada de todo punto la confianza de nosotros no la ponemos en Dios. Deseaba vivir, que bien entendia que no vivia, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no habia quien me diese vida y no la podia yo tomar, y quien me la podia dar tenia razon de no socorrerme, pues tantas veces me habia tornado á sí y yo dejádole.

CAPITULO IX.

Trata por qué términos comenzó el Señor á despertar su alma y darle luz en tan grandes tinieblas, y á fortalecer sus virtudes para no ofenderle.

1. Pues ya andaba mi alma cansada, y aunque queria, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenia. Acaeciome que entrando un dia en el oratorio vi una imágen que habian traido allí á guardar, que se habia buscado para cierta fiesta que se hacia en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verle tal; porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que habia agradecido aquellas llagas, que el corazon me parece se me partia, y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.

2. Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena, y muy muchas veces pensaba en su conversion, en especial quando comulgaba; que como sabia estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame á sus piés, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas, y no sabia lo que decia, que harto hacia quien por sí me las consentia derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento, y encomendábame á aquesta gloriosa santa para que me alcanzase perdon.

3. Mas esta postrera vez desta imágen que digo, me parece me aprovechó más; porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Parecíeme le dije entónces que no me habia de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entónces. Tenia este modo de oracion, que como no podia discurrir con el entendimiento, procuraba representar á Cristo dentro de mí, y hallábame mejor, á mi parecer, en las partes á donde le veia más solo. Parecíame á mí que estando solo y afligido como persona necesitada, me habia de admitir á mí. Destas simplicidades tenia muchas, en especial me hallaba muy bien en la oracion del Huerto; allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y afliccion que allí habia tenido: si podia, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; mas acuérdomme que jamás osaba determinarme á hacerlo cómo se me representaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con él, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años las más noches ántes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba á Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la Oracion del Huerto, áun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones; y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé á tener oracion sin saber que era, y ya la costumbre tan ordinaria me hacia no dejar esto como el no dejar de santiguarme para dormir.

4. Pues tornando á lo que decia del tormento que me daban los pensamientos, esto tiene este modo de proceder sin discurso de entendimiento, que el alma ha de estar muy ganada ó perdida, digo perdida la consideracion; en aprovechando aprovechan mucho, porque es en amar. Mas para llegar aquí es muy á su costa, salvo á personas que quiere el Señor muy en breve llegarlas á oracion de quietud, que yo conozco algunas: para las que van por aquí es bueno un libro para presto recogerse. Aprovechábame á mí tambien ver campos, agua, flores: en estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo que me despertaban, y recogian, y servian de libro, y en mi ingratitud y pecados. En cosas del cielo ni en cosas subidas era mi entendimiento tan grósero, que jamás

por jamás las pude imaginar, hasta que por otro modo el Señor me las representó.

5. Tenía tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que veía, no me aprovechaba nada de mi imaginación, como hacen otras personas que pueden hacer representaciones á donde se recogen. Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre; mas es así que jamás le pude representar en mí por más que leía su hermosura y veía imágenes, sino como quien está ciego ó á oscuras, que aunque habla con alguna persona y ve que está con ella, porque sabe cierto que está allí, digo que entiende y cree que está allí, mas no la ve. Desta manera me acaecía á mí cuando pensaba en nuestro Señor. A esta causa era tan amiga de imágenes. Desventurados de los que por su culpa pierden este bien: bien parece que no aman al Señor, porque si le amáran, holgáranse de ver su retrato, como acá aún da contento ver el de quien se quiere bien.

6. En este tiempo me dieron las Confesiones de San Agustín, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada á San Agustín, porque el monasterio á donde estuve seglar era de su orden, y también por haber sido pecador, que de los santos que despues de serlo el Señor tornó á sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda; y como los había el Señor perdonado, podía hacer á mí: salvó que una cosa me desconsolaba, como he dicho, que á ellos sola una vez los había el Señor llamado y no tornaban á caer, y á mí eran ya tantas que esto me fatigaba; mas considerando en el amor que me tenía tornaba á animarme, que de su misericordia jamás desconfié, de mí muchas veces.

7. ¡Oh, váleme Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo y cuán atada me veía para no me determinar á darme del todo á Dios. Como comencé á leer las Confesiones, paréceme me veía yo allí; comencé á encomendarme mucho á este glorioso santo. Cuando llegué á su conversion, y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió á mí, segun sintió mi corazón: estuve por gran rato que toda me deshacia en

lágrimas y entre mí mesma con gran aflicción y fatiga. ¡Oh qué sufre un alma, váleme Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora cómo podía vivir en tanto tormento; sea Dios alabado que me dió vida para salir de muerte tan mortal: paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la Divina Majestad, y que debir oír mis clamores y haber lástima de tantas lágrimas.

8. Comenzóme á crecer la afición de estar más tiempo con él y á quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, luego me volvía á amar á su Majestad; que bien entendía yo á mí parecer le amaba, mas no entendía en qué está el amar de veras á Dios, como lo había de entender. No me parece acababa yo de disponerme á quererle servir, cuando su Majestad me comenzaba á tornar á regalar. No parece sino que lo que otros procuran con gran trabajo adquirir, granjeaba el Señor conmigo que yo lo quisiese recibir, que era ya en estos postreros años darme gustos y regalos. Suplicar yo me los diese, ni ternura de devoción, jamás á ello me atreví, sólo le pedía me diese gracia para que no le ofendiese y me perdonase mis grandes pecados. Como los veía tan grandes, aún desear regalos, ni gusto, nunca de advertencia osaba: harto me parece hacia su piedad, y con verdad hacia mucha misericordia conmigo en consentirme delante de sí y traerme á su presencia, que veía yo, si tanto él no lo procurara, no viniera. Sólo una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacia, quedé tan confusa, que la mesma fatiga de verme tan poco humilde, me dió lo que me había atrevido á pedir. Bien sabía yo era lícito pedirlo, mas parecíame á mí, que lo es á los que están dispuestos, con haber procurado lo que es verdadera devoción con todas sus fuerzas, que es no ofender á Dios y estar dispuestos y determinados para todo bien. Parecíame que aquellas mis lágrimas eran mujerieles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba. Pues con todo creo me valieron; porque como digo, en especial despues destas veces de tan gran compunción dellas y fatiga de mi corazón, comencé más á darme á oración y á tratar ménos en cosas que me dañasen, aunque aún no las dejaba del todo, sino como digo,

fuéme ayudando Dios á desviarme, como no estaba su Majestad esperando sinó algun aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré. Cosa no usada darlas el Señor, sinó á los que están en más limpieza de conciencia.

CAPITULO X.

Comienza á declarar las mercedes que el Señor la hacia en la oracion, y en lo que nos podemos nosotros ayudar, y lo mucho que importa que entendamos las mercedes que el Señor nos hace. Pide á quien esto envia, que de aquí adelante sea secreto lo que escribiere; pues la mandan digna tan particularmente las mercedes que le hace el Señor.

1. Tenía yo algunas veces, como he dicho, (aunque con mucha brevedad pasaba) comienzo de lo que ahora diré. Acaeciame en esta representacion que hacia de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y áun algunas veces leyendo, venirme á deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podia dudar que estaba dentro de mí, ó yo toda engolfada en él. Esto no era manera de vision; creo lo llaman mística teología: suspende el alma de suerte que toda parecia estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre á mí parecer, mas no se pierde; mas como digo no obra (1), sinó está como espantado de lo mucho que entiende; porque quiere Dios entienda, que de aquello que su Majestad le representa ninguna cosa entiende.

2. Primero habia tenido muy continuo una ternura, que en parte algo de ella me parece se puede procurar: un regalo, que ni bien es todo sensual, ni bien espiritual, todo es dado de Dios. Mas parece para esto nos podemos mucho ayudar con considerar nuestra bajeza, y la ingratitud que tenemos con Dios, lo mucho que hizo por nosotros, su pasion con tan gra-

(1) Dice que no obra el entendimiento, porque como ha dicho, no discurre de unas cosas en otras, ni saca consideraciones, porque le tiene ocupado entónces la grandeza del bien que se le pone delante; pero en realidad de verdad si obra, pues pone los ojos en lo que se le presenta, y conoce que no lo puede entender como es. Pues dice: No obra, esto es, no discurre, sinó está como espantado de lo mucho que entiende; esto es, de la grandeza del objeto que ve: no porque entienda mucho dél, sinó porque ve que es tanto él en sí, que no le puede enteramente entender.

ves dolores, su vida tan afligida, en deleitarnos de ver sus obras, su grandeza, lo que nos ama; otras muchas cosas, que quien con cuidado quiere aprovechar, tropieza muchas veces en ellas, aunque no ande con mucha advertencia: si con esto hay algun amor, regláse el alma, eternécese el corazon, vienen lágrimas; algunas veces parece las sacamos por fuerza, otras el Señor parece nos la hace, para no poder nosotros resistirlas. Parece nos paga su Majestad aquel cuidado con un don tan grande, como es el consuelo que da á un alma, ver que llora por tan gran Señor; y no me espanto, que le sobra la razon de consolarse. Regláse allí, huélgase allí.

3. Paréceme bien esta comparacion, que ahora se me ofrece; que son estos gozos de oracion, como deben ser los que están en el cielo, que como no han visto más de lo que el Señor conforme á lo que merecen, quiere que vean, y ven sus pocos méritos, cada uno está contento con el lugar en que está, con haber tan grandisima diferencia de gozar á gozar en el cielo, mucho más que acá hay de unos gozos espirituales á otros, que es grandisima. Y verdaderamente un alma en sus principios, cuando Dios le hace esta merced, ya casi le parece no hay más que desear, y se da por bien pagada de todo cuanto ha servido; y sóbrale la razon, que una lágrima destas, que, como digo, casi nos las procuramos (aunque sin Dios no se hace cosa) no me parece á mí, que con todos los trabajos del mundo se puede comprar, porque se gana mucho con ellas; ¿y qué más ganancia que tener algun testimonio que contentamos á Dios? Así que quien aquí llegare, alábele mucho, conózcase por muy deudor; porque ya parece le quiere para su casa, y escogido para su reino, si no torna atrás.

4. No cure de unas humildades que hay, de que pienso tratar, que les parece humildad, no entender que el Señor les va dando dones. Entendamos bien, bien como ello es, que nos los da Dios sin ningun merecimiento nuestro, y agradezcámoslo á su Majestad; porque si no conocemos qué recibimos, no nos despertaremos á amar; y es cosa muy cierta, que mientras más vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene, y áun más verdadera humildad: lo demas es acobardar el ánimo á parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor á dár-

selos, comienza él á atomizarse con miedo de vanagloria. Creamos, que quien nos da los bienes, nos dará gracia, para que en comenzando el demonio á tentar en este caso, le entendamos, y fortaleza para resistirle; digo, si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar sólo á él, y no á los hombres. Es cosa muy clara, que amamos más á una persona, cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que nos hace. Pues si es lícito, y tan meritorio, que siempre tengamos memoria, que tenemos de Dios el sér, y que nos crió de no nada, y que nos sustenta, y todos los demas beneficios de su muerte, y trabajos, que mucho ántes que nos criase los tenia hechos por cada uno de los que ahora viven; ¿por qué no será lícito que entienda yo, vea y considere muchas veces, que solia hablar en vanidades; y que ahora me ha dado el Señor, que no querria sino hablar en él? Hé aquí una joya, que acordándonos que es dada, y ya la poseemos, forzado convida á amar, que es todo el bien de la oracion fundada sobre humildad. ¿Pues qué será cuando vean en su poder otras joyas más preciosas, como tienen ya recibidas algunos siervos de Dios, de menosprecio del mundo, y áun de si mesmo? Está claro, que se han de tener por más deudores y más obligados á servir y entender que no teniamos nada desto, y á conocer la largueza del Señor, que á un alma tan ruin y pobre, y de ningun merecimiento como la mia, que bastaba la primer joya destas, y sobra para mi, quiso hacerme con más riquezas que yo supiera desear. Es menester sacar fuerzas de nuevo para servir, y procurar no ser ingratos; porque con esa condicion las da el Señor, que si no usamos bien del tesoro, y del gran estado en que nos pone, nos lo tornará á tomar, y quedarnos hemos muy más pobres, y dará su Majestad las joyas á quien juzga, y aproveche con ellas á sí y á los otros. ¿Pues cómo aprovechará y gastará con largueza el que no entienda que está rico? Es imposible conforme á nuestra naturaleza, á mi parecer, tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables y tan inclinados á cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho con gran desasimiento, quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá: porque con estos dones es á donde el Señor nos da la fortaleza, que por

nuestros pecados nosotros perdimos. Y mal deseardá se descontenten todos dél, y le aborrezcan, y todas las demas virtudes grandes que tienen los perfectos, si no tiene alguna prenda del amor que Dios le tiene, y juntamente fe viva. Porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos á lo que presente vemos; y así estos mesmos favores son los que despiertan la fe y la fortalecen. Ya puede ser, que yo, como soy tan ruin, juzgo por mí, que otros habrá que no hayan menester más de la verdad de la fe para hacer obras muy perfectas, que yo como miserable todo lo he habido menester.

5. Esto ellos lo dirán; yo digo lo que ha pasado por mí, como me lo mandan; y si no fuere bien, romperélo á quien lo envió, que sabrá mejor entender lo que va mal que yo. A quien suplico por amor del Señor, lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida y pecados lo publiquen, desde ahora doy licencia, y á todos mis confesores, que así lo es á quien esto va; y si quisieren luégo en mi vida; porque no engañe más al mundo, que piensan hay en mí algun bien; y cierto, cierto con verdad digo, á lo que ahora entiendo de mí, que me dará gran consuelo. Para lo que de aquí adelante dijere, no se la doy; ni quiero, si á álguien lo mostraren, digan quién es, por quién pasó, ni quién lo escribió, que por esto no me nombro, ni á nadie, sino escribirlo he todo lo mejor que pueda por no ser conocida, y así lo pido por amor de Dios. Bastan personas tan letradas y graves para autorizar alguna cosa buena, si el Señor me diere gracia para decirla; que si lo fuere será suya y no mia, por ser yo sin letras, y buena vida, ni ser informada de letrado, ni de persona ninguna (porque solos los que me lo mandan escribir, saben que lo escribo, y al presente no están aquí, y casi hurtando el tiempo, y con pena, porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre, y con hartas ocupaciones: así que aunque el Señor me diera habilidad y memoria, que áun con ésta pudiérame aprovechar de lo que he oído y leído, mas es poquisima la que tengo) así que si algo bueno dijere, lo quiere el Señor para algun bien; lo que fuere malo será de mí, y vuesa merced lo quitará. Para lo uno ni para lo otro, ningun provecho tiene decir mi nombre; en vida está claro que no se ha de decir de lo bueno; en muerte no hay para qué, sino para que pierda autoridad el bien, y no le

dar ningun crédito por ser dicho de persona tan baja y tan ruin; y por pensar vuesa merced hará esto, que por amor del Señor le pido, y los demas que lo han de ver, escribo con libertad: de otra manera seria con gran escrúpulo, fuera de decir mis pecados, que para esto ninguno tengo; para lo demas basta ser mujer para caerme la salas, cuanto más mujer, y ruin. Y así lo que fuere más de decir simplemente el discurso de mi vida, tome vuesa merced para sí, pues tanto me ha importunado escriba alguna declaracion de las mercedes que me hace Dios en la oracion, si fuere conforme á las verdades de nuestra Santa Fe Católica; y si nó vuesa merced lo queme luégo, que yo á esto me sujeto, y diré lo que pasa por mí, para que cuando sea conforme á esto podrá hacer á vuesa merced algun provecho; y si nó, desengañará mi alma, para que no gane el demonio á donde me parece gano yo; que ya sabe el Señor (como despues diré) que siempre he procurado buscar quién me dé luz.

6. Por claro que yo quiera decir estas cosas de oracion, será bien oscuro para quien no tuviere experiencia. Algunos impedimentos diré, que á mí entender lo son para ir adelante en este camino, y otras cosas en que hay peligro, de lo que el Señor me ha enseñado por experiencia, y despues tratádolo yo con grandes letrados y personas espirituales de muchos años, y ven que en solos veinte y siete años que há tengo oracion, me ha dado su Majestad la experiencia, con andar en tantos tropiezos, y tan mal este camino, que á otros en cuarenta y siete, y en treinta y siete, que con penitencia, y siempre virtud han caminado por él. Sea bendito por todo, y sirvase de mí, por quien su Majestad es, que bien sabe mi Señor que no pretendo otra cosa en esto, sino que sea alabado y engrandecido un poquito, de ver que en un muladar tan súcio y de mal olor, hiciese huerto de tan suaves flores. Plega á su Majestad, que por mi culpa no las torne yo á arrancar, y se torne á ser lo que era. Esto pido yo por amor del Señor le pida vuesa merced, pues sabe la que soy con más claridad, que aquí me lo ha dejado decir.

CAPITULO XI.

Dice en qué está la falta de no amar á Dios con perfeccion en breve tiempo: comienza á declarar, por una comparacion que pone, cuatro grados de oracion: va tratando aqui del primero: es muy provechoso para los que comienzan, y para los que no tienen gustos en la oracion.

1. Pues hablando ahora de los que comienzan á ser siervos del amor (que no me parece otra cosa determinarnos á seguir por este camino de oracion, al que tanto nos amó) es una dignidad tan grande, que me regalo extrañamente en pensar en ella; porque el temor servil luégo va fuera, si en este primer estado vamos como hemos de ir. ¡Oh Señor de mi alma y bien mio! ¿Por qué no quisistes, que en determinándose un alma á amarnos, con hacer lo que puede en dejarlo todo, para mejor se emplear en este amor de Dios, luégo gozase de subir á tener este amor perfecto? Mal he dicho; habia de decir y quejarme porque no queremos nosotros, pues toda la falta nuestra es en no gozar luégo de tan gran dignidad, pues en llegando á tener con perfeccion este verdadero amor de Dios, trae consigo todos los bienes. Somos tan caros y tan tardios de darnos del todo á Dios, que como su Majestad no quiere gocemos de cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponernos. Bien veo que no le hay con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra; mas si hiciésemos lo que podemos, en no nos asir á cosa della, sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo; creo yo sin duda muy en breve se nos daría este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos, como algunos santos lo hicieron: mas parécenos que lo damos todo; y es que ofrecemos á Dios la renta ó los frutos, y quedámonos con la raiz y posesion. Determinámonos á ser pobres, y es de gran merecimiento; mas muchas veces tornamos á tener cuidado y diligencia para que no nos falte, no sólo lo necesario, sino lo supérfluo, y á granjear los amigos que nos lo don, y ponernos en mayor cuidado, y por ventura peligro, porque no nos falte, que ántes teníamos en poseer la hacienda. Parece tambien que dejamos la honra de ser religiosos, ó en haber comenzado á tener vida espiritual y á seguir perfeccion, y no nos ha tocado en un punto de honra,